

CHARLES DICKENS

Pickwick: Dickens en esencia

por Elena Hevia*



«Si viviera cien años y consiguiese escribir tres obras en cada uno de ellos, nunca estaría tan orgulloso de ninguna como lo estoy de mi Pickwick», dijo Dickens. Sobre esta obra extraña, descomunal, irregular... trata el siguiente artículo, que desvela las características de esta magnífica novela del siglo XIX, en la que Dickens ensaya sus excepcionales dotes, las que le convertirían en el gran escritor que fue.

PICKWICK PAPERS.

56

CLIJ66



White Hart Inn, Southwark, escenario del primer encuentro de Pickwick con Sam Weller.

Cuál es el secreto de la incombustibilidad de Dickens? ¿Qué es lo que hace que un novelista, tan aparentemente alejado de nuestra manera de vivir y sentir, siga disfrutando de tan buena salud? La juventud parece ser su público natural, pero también los adultos, a veces por nostalgia, se acercan de nuevo a las obras que leyeron en el pasado para darse de bruces con un escritor mayor, casi desconocido, que los pocos años no le permitieron apreciar. Hay un Dickens para cada edad. Uno, ya lo hemos dicho, es el que tradicionalmente se ha destinado a los niños, hermosas novelas de formación: *Oliver Twist*, con su visión periodística y social, o la gran novela psicológica relatada a partir de los vaivenes de la memoria que es *David Copperfield*. También una novela para la juventud, hecha a partir de hechos heroicos y grandes acciones —*Historia de dos ciudades*—, cuando no de

situaciones genéricamente policiales: *Barnaby Rudge* o la inacabada *El misterio de Edwin Drood*.

Luego hay unas obras que poco a poco han ido tomando cartas de categoría y que muestran el lado más oscuro y adulto del escritor. Son, por mencionar sólo algunas, *Grandes esperanzas*, *Casa desolada* y *Nuestro común amigo* —¿para cuándo una traducción en castellano de una obra inencontrable en dicha lengua?—, que muestran la maestría adquirida por el escritor en los últimos y alborotados años de su vida. Por último, hay obras inclasificables, que posiblemente gusten por igual a pequeños y grandes, porque su sustancia, su razón de ser, está compuesta de una de las mejores cualidades de Dickens: el sentido del humor. Esta obra extraña, descomunal, irregular y universalmente famosa es naturalmente *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, un inmenso fresco que muchos críticos han com-

parado a nuestro *Don Quijote* y que sigue siendo, pese a lo apuntado, un libro excepcional.

En estado de gracia

De él decía Chesterton, otro inglés también modoso e irónico, que: «Todo hombre ha pasado noches con amigos fascinantes, en torno a una buena mesa, cuando las personalidades se abren como flores tropicales. Cada uno era más que nunca uno mismo, cada uno era una deliciosa caricatura de sí mismo. Quien haya conocido tales noches entenderá *Pickwick*; los demás no se divertirán con *Pickwick* ni, según creo, tampoco en el cielo».¹

El católico y acomodado Chesterton apunta algunos de los rasgos más sobresalientes de la novela. Por un lado, está su humor *delicioso*, amablemente caricaturesco, un tipo de diversión no trascendente o significativa



Cartel de promoción de una colección de canciones (1840) en el que se utiliza la imagen de Pickwick, encarnado por el actor Frederick Yates.

que nada tiene que ver con estos tiempos en los que, como apunta Fernando Savater, sólo conocemos la sátira sangrienta o el chiste llevado al absurdo. «La sátira —dice el escritor— consiste en sacar un juez ridículo y decir “todos son así”; Dickens prefiere sacar un juez cuya gracia reside precisamente en su extravagancia.»² En la otra parte, se sitúan las acomodadas referencias que llevan al lector directamente de una buena y bien servida mesa a un cielo igualmente ar-

monioso y doméstico. Algo que, pese a las tremebundas descripciones sociales del subsuelo londinense y sus capas populares, siempre estará vinculado al mundo inalterable y victoriano del buen burgués que fue Dickens.

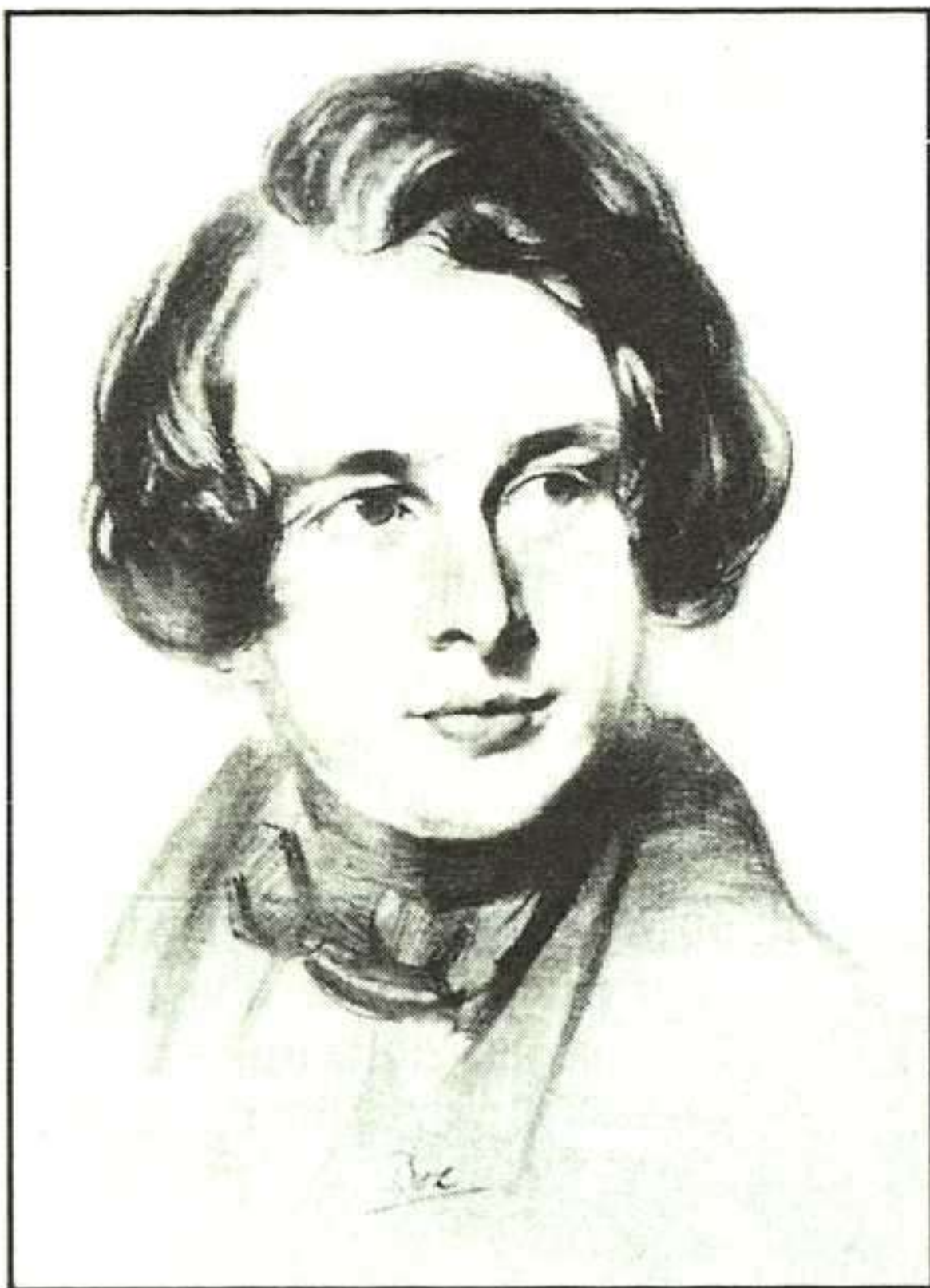
A los 24 años acababa de alcanzar una cierta popularidad como autor de unos pintorescos *Esbozos* que semanalmente se publicaban en la prestigiosa revista literaria *Monthly Magazine* bajo el seudónimo de *Boz*.

Atrás quedaban una infancia y juventud desgraciadas, un corazón roto por el primer desamor y, en el presente, la voluntad de convertirse en un escritor más famoso que Sir Walter Scott. Lo cierto es que no podía imaginar que aquella oferta de realizar unos textos humorísticos, que con periodicidad semanal acompañarían a unos grabados del dibujante Robert Seymour y más tarde del genial Phiz, iba a hacer reales sus ambiciones.

De hecho, aceptó el trabajo por motivos mucho más prosaicos: deseaba casarse con la hija de un editor. Así, desde la aparición de lo que más tarde se convertirá en el primer capítulo de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, vemos ya a Dickens convertido en un respetable burgués, potencial padre de una familia que irá creciendo a tenor de un hijo cada año, hasta llegar a la respetable cantidad de diez vástagos. Era evidente que necesitaba dinero y mucho, y la rápida popularidad que le proporcionaron las aventuras de los cuatro ingenuos miembros de un Club liderado por el tal Pickwick en una especie de *road movie* por la campaña inglesa sorprendió no sólo a los escritores, sino también al propio autor y a un público amplísimo que se extendía entre los profesores de Universidad y las vendedoras de los atestados mercados londinenses.

Un puñado de excéntricos

La acción de la novela es conocida. Aunque valiera más decir las acciones, porque la historia, al igual que *Don Quijote*, con la que se la ha comparado no pocas veces, se dispara en diferentes direcciones por medio de la antigua técnica por la cual uno de los personajes detiene el hilo de los acontecimientos para contar un relato. Samuel Pickwick, un jovial y rico burgués de mediana edad, cuyo máximo logro es haber establecido una fundamentada teoría sobre los renacuajos



Dickens a los 24 años.

de las charcas británicas, decide hacer un viaje de reconocimiento por la campiña inglesa con algunos amigos y miembros del Club por él fundado. Tupman, Snodgrass y Winkle parten con él en un estado de candorosa inocencia. En la primera parada, son víctimas de un estafador, Jingle, que se gana su amistad e irremediamente los embauca.

En una sucesión de episodios a la manera picaresca, cuyo nexos de unión es el deambular de la diligencia, destaca el encuentro con un noble rural, Mr. Wardle que se encuentra de viaje con su joven hermana, Rachel, y sus hijas, Emily e Isabel. Nace la amistad entre Wardle y Pickwick, pero también el amor entre los miembros más jóvenes de la expedición y las muchachas. Sin embargo, Rachel es seducida por Jingle y huye con él, convencida de que la convertirá en su mujer. Es en este momento, cuando se revela la verdadera altura moral de Pickwick, que hasta entonces había sido mostrado únicamente me-

dante rasgos caricaturescos: desinteresadamente parte para salvarla de manos del malvado. Poco antes, Pickwick y los lectores habrán hecho una adquisición fundamental para el desarrollo de la novela: Sam Weller, el personaje más vivo de todo este denso zoológico humano, a quien Pickwick ha contratado como criado y que terminará convirtiéndose en el contrapunto esencial, una especie de filosófico *cockney* del sentido común, opuesto a las bintencionadas pero campanudas opiniones de su señor. Tanto fervor causó entre el público este personaje vital y divertido, que los lectores, ya numerosísimos, se dispararon a cifras consideradas astronómicas en la época.

Se reprocha a esta novela el hecho de mostrar una realidad edulcorada.

Muchos críticos aducen que la muy apreciada sensibilidad de Dickens por los aspectos más oscuros y deprimentes de la sociedad victoriana —que él sufrió en carne propia en sus primeros años— tardaría en llegar, pero resulta vagamente sospechoso que sí lo haga —y de qué modo— en su siguiente novela, *Oliver Twist*, cuya publicación se solaparía con las últimas entregas de *Los papeles...* Los imperativos editoriales obligaron a que esta primera obra transcurriera en el campo —la idea original contenía una serie de escenas con cierta unidad, dedicadas a la caza y los deportes—, pero Dickens, pese a no haber nacido en Londres —donde su familia se trasladó cuando tenía pocos años—, sabía de la vida campesina poco más que el hecho de que las patatas nacen



D. 675-99 PHIZ, PICKWICK PAPERS.

CHARLES DICKENS



Escena de un montaje teatral de *Pickwick* (1929).



PHIZ, PICKWICK PAPERS.

bajo tierra. Por eso, su interés recae en la descripción de unos pedantue- los urbanitas que se pasean por una colorista (pero falsa) Inglaterra de postal, con unas descripciones a las que se echa en falta la precisión con que el escritor se acercará a la vida ciudadana en obras posteriores.

Pero no todos los variados episodios de la novela son superficialmente idílicos. El mejor ejemplo es el caso que se le instruye al pobre Pickwick ante la falsa denuncia de su casera, que le acusa de haber faltado a la promesa de casamiento y el posterior encarcelamiento de éste cuando, profundamente ofendido, se niega a pagar la indemnización exigida por el juez y prefiere ir a parar a la cárcel. La descripción de la siniestra prisión de Fleet, donde se hacinaban los morosos, es un buen borrador de las ya clásicas situaciones dickensianas de denuncia social, en las que se hostiga



Ilustración de *Master Humphrey's Clock*, relato en el que aparece Pickwick como un personaje más.

duramente la explotación de las clases populares. Y aunque algunos críticos han querido ver en ellas pura retórica gratuita y un exceso de sentimentalismo, lo cierto es que no se puede negar su viveza, la emoción que saben dosificar sabiamente. Como afirma Andrés Trapiello, «en unas cuantas páginas de Dickens hay sobre la época más verdad que en todo *El capital*, no tanto porque sean más fieles con los hombres y las cosas de entonces, que lo son, sino porque los hicieron más felices».³ Naturalmente, con la popularidad de Sam Weller, el astuto escritor no podía consentir —ya que su público no lo haría— que esos Don Quijote y Sancho se separasen; por eso, el criado, obligado hacia su señor, se hace arrestar para seguirle en su encierro, porque le considera poco menos que su padre.

Sueño con final feliz

Una lectura atenta de *Pickwick* muestra pronto en qué medida fue caldo de cultivo de todo el universo dickensiano y justamente en este episodio capital, con ambos protagonistas tras las rejas, se cumple también una de las características que la mayor parte de los críticos han visto en las novelas primerizas de Dickens, pero no en ésta. Angus Wilson, en su rigurosa biografía sobre el escritor, opina que «en *Pickwick*, Dickens revive seguramente el período cruel de la primera encarcelación de su padre y el hecho de que terminase como él hubiera deseado entonces. En la novela, el joven Dickens, representado por Sam, permanece en la Marshalsea⁴ con su padre, aprovechando la experiencia del mundo que había adquirido recorriendo las calles al mediodía cuando trabajaba en casa Warren.⁵ Ese sueño merecía verdaderamente el magnífico efecto que produjo en los lectores».⁶

Naturalmente, la novela tiene un final feliz. La actividad del Club se cie-

rra y sus miembros se casan con sus respectivas enamoradas. El propio Sam lo hará con una doncella y Pickwick se retira a una casa solariega

para vivir allí con tranquilidad y buenas comidas los días que le restan. Dickens termina pues las andanzas con una leva amorosa, inevitable, pues



Ilustración aparecida en *The Extra Boz Herald* (1842), basada en un dibujo original de Phiz para *Pickwick Papers*.

CHARLES DICKENS



Dickens con algunos escritores, amigos y contemporáneos suyos.



Moses Pickwick, de quien Dickens tomó prestado el apellido para su personaje.

ya se sabe que entonces —y aún ahora— todas las novelas acababan con la muerte o en boda.

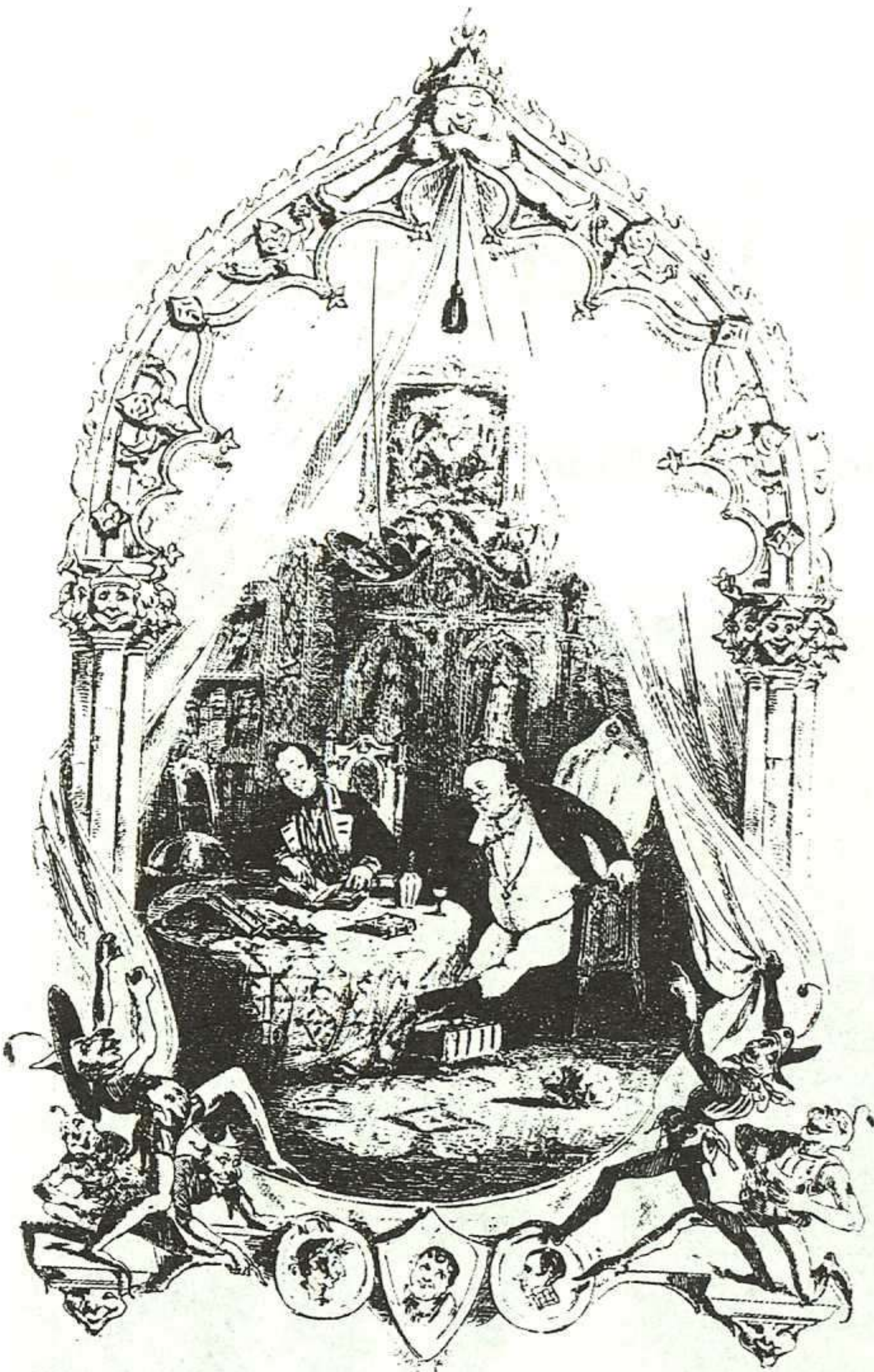
Las mujeres de *Pickwick* desempeñan en la acción papeles secundarios y cuando aparecen en primer plano o son ingenuas engañadas —en el peor gusto *pacato* del siglo XVIII— o arpías movidas por la codicia. Resulta curioso que quien las describa sea un joven de 25 años recién casado y, aunque no locamente enamorado⁷ —su amor parecía demasiado doméstico—, sí lo suficientemente feliz como para no parecer un misógino. Pickwick, pese a ser un alma grande y generosa, se cuida de las mujeres, no quiere demasiado trato con ellas y en su presencia se muestra tímido y des-

mañado. El orondo personaje —aunque Seymour, su primer ilustrador, se empeñara en hacerlo delgado— traslada su capacidad de goce hacia otra dirección, sublima todos sus placeres en la mesa.⁸ Y resulta curioso ver cómo el tiempo transformó el carácter autobiográfico de la novela, ya que si en la época de su escritura era fácil que el joven Dickens se identificara con el valiente y honesto Weller, en los últimos años de su vida, sobre todo aquéllos de su crisis matrimonial con Catherine Hogarth, terminaron convirtiéndole en un retrato bastante logrado del bueno y tragón de Pickwick. Sólo hay que recordar las pantagruélicas comidas evocadas por su propia esposa en su obra *What*

shall we have for dinner? (¿Qué tendremos para comer?), con sus tres primeros platos, cuatro segundos, dos acompañamientos y otros tantos platos de postres, regados con buenos caldos. Por suerte —para nuestra mentalidad y no evidentemente para los victorianos de entonces—, el escritor no se mostró tan impermeable hacia las mujeres, como demuestran sus relaciones —que ocuparon los trece últimos años de su vida— con la joven actriz Ellen Ternan.

Novelista de urgencia

Otro de los aspectos más significativos de la novela y también de los más



PHIZ. PICKWICK PAPERS.

denostados por la crítica es la irregularidad de su estructura. Ciertamente es también que el escritor debutaba como novelista y que la urgencia de su contrato le obligaba a proporcionar al público una entrega semanal. Dickens demostró en otras ocasiones —en *Oliver Twist*, su siguiente obra ya da pruebas de ello— que desde el principio tenía muy claro cuál debía ser la unidad argumental y artística de sus novelas, pero en este caso la propuesta del editor vino un 10 de febrero de 1836; seis días después la aceptaba; dos días más tarde empezaba a escribir, y apenas en diez días más la primera entrega de *Los papeles...* estaba en la calle. Para el resto de su producción contó con un tiempo de

debidos a la precipitación, que luego en posteriores ediciones intenta solucionar a base de notas satíricas del tipo «que curioso que a tal personaje se le ha olvidado esto o lo otro».

Verdaderamente, a la novela le cuesta arrancar, y esto es debido por una parte a la improvisación, pero también a la inseguridad que el escritor bisoño sentía frente al público. La obra debía tener éxito; si no se alcanzaba un número determinado de lectores era muy probable que los editores aparcasen el proyecto. Entonces, las tiradas se regían por un criterio similar, tan sanguinario y sin escrúpulos, a los actuales índices de audiencia televisivos —salvando naturalmente todas las distancias que impo-

reflexión y preparación que iba desde los cuatro meses hasta los cinco años. Angus Wilson, como muchos otros críticos, califica de «detestables» los resultados artísticos del primer capítulo de la novela, que con todo se revela gracioso pero zafio y excesivamente caricaturesco en su construcción. Además, en el discorrir de la propia obra elaborada con idas y venidas a la manera de las novelas del XVIII, a Dickens se le olvida el objetivo de los miembros del Club —el tema de la curiosa asociación sólo es retomado al final para ser clausurado— y en muchos capítulos comete deslices

ne el buen sentido—. Lo cierto es que, semana tras semana, el favor del público exigía un mayor protagonismo de sus personajes favoritos e incluso no faltaban las peticiones para que la acción se inclinase en tal o cual dirección. Hasta la aparición de Sam Weller, Dickens duda, se deja influir, balbucea literariamente. Con el criado instalado a la sombra del amo y con el hallazgo de su propio estilo, el escritor se siente seguro y esa seguridad no le abandonará jamás a lo largo de su fecunda carrera.

Irregular engendro de ternura y diversión, a *Pickwick*, la novela, le pasa lo que a todos los hombres que han nacido entre dos épocas, tienen grandes intuiciones sobre un futuro que no vivirán y no acaban de encontrarse a gusto con su pasado. *Pickwick* cabalga a lomos del siglo XVIII —su desmadejada estructura, su excesiva amabilidad burguesa—, pero anuncia infaliblemente su carácter de gran novela del XIX. No en vano, sus entregas se acabaron el mismo año en que la joven reina Victoria subía al trono para quedarse allí muchos, muchos años. ■

* Elena Hevia es periodista y profesora de Dramaturgia Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Notas

1. Chesterton, G.K.: *Documentos póstumos del Club Pickwick*, Barcelona: A.H.R., 1951.
2. Savater, F.: *Sobre vivir*, Barcelona: Ariel, 1983.
3. Trapiello, A.: Prólogo a *Oliverio Twist*, Barcelona: Planeta, 1988.
4. La prisión donde de 1822 a 1826 su padre fue encarcelado por deudas.
5. La fábrica de betunes en la que trabajaba el joven Dickens. Para llegar debía atravesar toda la ciudad, y de ahí nace su profundo conocimiento de Londres.
6. Wilson, A.: *The World of Charles Dickens*, Londres: Secker & Warbur, 1970.
7. Para encontrar figuras femeninas más acabadas deberemos esperar a sus dos últimas novelas, que coinciden en el tiempo con sus relaciones con Ellen Ternan.
8. Como curiosidad, este famoso comilón dio su nombre al síndrome de Pickwick, una insuficiencia respiratoria que suele producirse tras las comidas en personas muy obesas. Esa insuficiencia provoca sueño.